VIDAS PINTORESCAS

PASTORA, LA APASIONADA



PASTORA IMPERIO *Fot. Campúa*

Sentémonos, Pastora, sentémonos aquí.

Pastora fué á dar la luz eléctrica. Por un momento lució la lámpara de colgantes de cristal y fuimos escandalosamente inundados de luz rojiza que molestaba á los ojos y quitaba libertad á la expresión y á los movimientos.

—Aún me parece que hay suficiente luz del día—indiqué yo.

—¡Ah!, ¿sí?—*exclamó la artista, y, automáticamente, volvió* á apagar la lámpara eléctrica.

Moría la tarde; pero por el mirador, que cae sobre la calle de Alberto Aguilera, entraba todavía una luz dulce, un poco dorada y como tamizada, por un *stor* anaranjado. Con la ayuda de ella se podía aún leer perfectamente, y hasta un pintor hubiese recogido con su paleta el tono verde de los bellos y extraños ojos de la gentil artista gitana.

—Mejor así—afirmé yo complacido—. Esta media luz tiene un encanto insustituíble... Es la media luz del pecado, pero también lo es de las grandes sinceridades... Con ella, las almas se sienten más expansivas, con más libertad, porque se creen solas..., sin el estorbo y las miserias de los cuerpos.

—Lleva usted mucha razón—asintió Pastora—; se ve que usted también siente el arte.

Y la «estrella» se expresaba con un delicioso acento andaluz que, cual una música escuchada allá, traía á nuestra imaginación los patios sevillanos y las *mositas* de Triana. *Cerrando los ojos* y oyéndola hablar, me sentía dentro del hotel que en la Alameda de Hércules tienen los *Gallos*, y donde el cronista tuvo el gusto de pasar una feria.

No exagero nada, lector, al decirte que la charla de Pastora Imperio *suena* á guitarra y *huele* á jazmines, claveles y manzanilla.

Y nos dejamos caer sobre un mullido diván turco cubierto con *una magnífica piel y rociado de ricos almohadones* bordados que había en un ángulo del gabinete. Al lado, el piano. Sobre él, figulinas y retratos: María Kousnezoff, Leopoldo Mazas, Peñalver y Pastora.

Frente á nosotros, en el corredor—elegante en su sencillez—, conversaban entre risas y alegría la familia de Pastora—las bellísimas María y Gabriela, cuñada y prima de la artista, y su hermano Víctor—con sus buenos amigos el novelista de moda Antonio de Hoyos, el conde de las Mazas y Pepe Campúa.

Sobre la mesa del comedor había chatos de Jerez, polvorones de Sevilla, claveles reventones. Y un detalle curioso: de la pared pendía un hermoso cartel anunciando la feria sevillana. La pintura representaba á Joselito *el Gallo* en el momento de ejecutar un magnífico pase.

Pastora estaba un poquito inquieta. ¿Qué iría yo á decir de ella? Y la pobrecita me miraba lealmente, con esa expresión suya un poco dolorosa de mujer apasionada y buena, cuyo corazón se *quedó hechizado para siempre de un amor quimérico.*

—Bien, Pastora; yo no pretendo arrancarle á usted juicios mortificantes sobre la compañera Fulana. Usted es una artista tan grande y tan interesante, que no es preciso, para que una información de usted sea leída, descender á los sumideros del chismorreo. Vamos á hablar de su vida. Usted me va á contar...

Pastora me interrumpió:

—Yo, lo que usted quiera.

—¿En dónde nació usted en Sevilla?

—En el mismito barrio de la Alfalfa y en la mismita casa del *Espartero*.

—¿Su padre?

—¡Uy!... Mi padre era un sastre muy conocido que hacía ropa á los toreros. *Cúchares* no vistió más trajes que los que le hizo mi padre. También *Reverte* y *Bienvenida*. ¡Qué sé yo cuantos! Pues no me acuerdo bien, porque yo era entonces muy chiquitilla.

—Y Rafael, ¿se hacía allí también ropa?

Pastora se estremeció, entornó los ojos y suspiró leve, imperceptiblemente:

—Sí, también; de pequeñito, recuerdo haberlo visto.

Hizo una pausa muy corta. Después, ella prosiguió:

—Mi madre era *la Mejorana*, la mejor artista de baile flamenco que pisó los *tablaos*; la que ha movido los brazos con más salero en el mundo. De ella nació todo el baile flamenco. Ella ha sido el tronco y de él nació este tronquillo que, bueno ó malo, está muy conforme, porque con ser hija de ella ya tengo bastante.

Y la artista se expresaba en un andaluz muy pintoresco y muy cerrado que mi pluma no sabe recoger.

—Estábamos allí muy requetebién; pero nos tuvimos que venir á los Madriles porque mi papá se puso enfermo. Y aquí, amigo mío, empezamos bien; pero qué sé yo lo que pasó después, y comenzamos á pasar privaciones y fatigas.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Once años tenía yo, y vivíamos en la calle de la Aduana, encima de la academia de baile de Isabel Santos. ¡Y ahí empezó el queso! Yo, desde que me di cuenta de que arriba se movían los *pinreles* y se tocaban los *palillos*, no vivía ni dejaba tranquilo á nadie. Si estaba fregando la escalera y oía bailar, dejaba la rodilla y me ponía á dar saltos sobre un escalón. Un día se me prendieron fuego las ropas porque iba por el pasillo de mi casa con el quinqué de petróleo entre las manos y, al escuchar arriba un *bolero*, me puse á dar saltos con el quinqué y todo, y, claro, me quemé. En fin, una fiebre, una locura.

—Y sus padres de usted, ¿qué decían de estas aficiones?

—Pues mi padre decía que me iba á romper una pierna para que no saltara tanto.

CAMARA-FTO

Pastora Imperio en su gabinete
Fot. Campúa

Reímos.

—Pero á usted no la inquietaba esta amenaza.

—¡Quiá! ¡Si yo estaba loquita! Verá usted: un día, fregando la escalera, llegó un señor y me preguntó por la academia de baile, y como se conoce que le chocaron mis maneras y este dejillo andaluz, se paró á hablar conmigo. Me dijo que era D. José Fernández, amo de un teatro que se llamaba Japonés, y donde las mocitas bailaban mucho. Yo aproveché la ocasión y, con el achaque de acompañar al caballero, me colé en la academia. ¡Ay, mi madre de mi alma! Aquel día nació en mi imaginación la idea de ser artista. Me volví loca del todo. Un día, al poco tiempo de esto, hubo un bautizo en la casa y se acordaron de la pobre *chiquilla del sastre*. Ya en la fiesta, no sé quién me instó para que bailara. Yo, ni corta ni perezosa, bailé unas sevillanas y dejé tonta á la maestra. «Pero, chiquilla, ¿cómo haces eso?»—recuerdo que me preguntaba—. Y yo no sabía responder, pues jamás nadie me había enseñado á dar un paso de baile y lo hacía sin método, por intuición. En mi casa seguíamos pasando las *ducas*, y entonces un día yo me planté y le dije á mi pobre madre: «Ea, aquí se acabaron las privaciones; desde hoy, yo me encargo de sostener mi casa.» Tuvimos que convencer á mi padre; le habló la maestra de baile, y, al fin, me uní á una muchacha que se llamaba María y formamos una pareja de baile que Saint-Aubín bautizó con el nombre de «Las hermanas Imperio», y debutamos en el Japonés.

—¿Qué sueldo le daban á usted?

—Cincuenta realitos diarios.

—No estaba mal—comenté.

—Sí; pero duró muy poco, porque al segundo día, Liniers, que era entonces gobernador de Madrid, nos suspendió por no contar yo más que catorce años y me tuvo que estar pasando por espacio de algún tiempo treinta reales diarios. Hasta que al fin se le ablandó el corazón, y en vista de que yo con mi trabajo no hacía mal á nadie, sino al contrario, mantenía mi casa, me autorizaron para trabajar. En el Japonés estuve unos meses, hasta que me marché á Actualidades porque me ofrecieron tres duros. Lo demás ya lo sabe todo el mundo; pero esto que yo acabo de contarle es la pura verdad.

—¡Entonces, usted desde bien pequeñita supo ganarse el dinero!

—Como que no le debo á nadie ni un par de botas.

—Pastora—me permití yo objetar—, se olvida usted del tiempo que estuvo casada.

—No me dió tiempo para romper las que llevaba puestas—me contestó rápida.

Y se quedó un poco triste.

—¿Y después? ¿Cuál ha sido el mayor sueldo que ha cobrado usted?

— Mil doscientas pesetas por noche.

—¿Aquí?

—No; en América.

Hizo un silencio y después, con deleite, prosiguió:

— Yo soy la artista que más dinero ha ganado.

—¿Cuánto?

—¡Qué só yo! Mucho dinero. Gasto enormemente porque tengo cuatro casas que sostener. Yo soy modesta; pero lo que más me gusta en la vida es tener un coche que me lleve de aquí para allá, no andar con *las patitas*, que ya trabajan bastante las pobres.

—¿Cuánto dinero tiene usted ahorrado?

—Unas seiscientas mil pesetas en papel del Estado. A mí me gusta muy poco ahorrar, porque parece que ya está una anciana. Estas seiscientas mil pesetas piensc gastármelas dentro de unos días para que los pobres no se olviden de esta artista con tanta suerte y de esta mujer tan desgraciada.



Pastora Imperio en el comedor de su casa rodeada de su familia
Fot. Campúa

—¿En qué?

—Es un proyecto que estoy llevando á cabo. Verá usted: Me regalan unos terrenos en Chamartín de la Rosa y yo mando edificar por mi cuenta un refugio que lleve mi nombre para recoger en él á los pobres viejos. Son los que me inspiran más pena. Y antes de morirme de lástima quiero hacer algo para remediar estas miserias. Me da mucha tristeza ir en estas noches de hielo dentro de mi automóvil y ver á esos infelices rociados por los portales y *abrigados* con papeles.

—Pero, Pastora, entonces se va usted á quedar sin un céntimo.

—¿Y qué importa? Mientras el público vaya á verme ganaré veinte mil duros al año, y cuando esté viejecilla sentaré plaza de hermana de la caridad en mi refugio.



Y como me viera reir, exclamó suspirando:

—¡Si viera usted, *Caballero Audaz*, que otras cosas habrá más imposibles que el que yo ingrese en un convento! Le juro que á mí no me importaba nada dejarle mañana á mi familia cuartos bastantes para vivir y pasar del escenario al claustro y de allí no volver á salir jamás. Después de todo, lo mismo me da andar por el mundo que no. Estoy como si fuese de mármol y con máquina. Trabajo para olvidar.

—¿Y lo consigue usted?

—¡Qué só yo!

Y los bellos ojos de Pastora comenzaron á brillar intensamente.

— ¡Pobre Pastora! — murmuré yo —. Sigue usted enamorada. Usted no es una mujer, es la huella de un pasado.

La artista quiso disimular y exclamó:

— Lo que es yo enamorada, después de los despueses... ¡Vamos, usted está peor!

—¡Ah! Luego entonces, ¿ya no se acuerda usted para nada de Rafael?

—Todo lo que se acuerda él de mí, me acuerdo yo de él. Aquello pasó como una borrasca. Todo en esta vida pasa. Ya ve usted. ¡Se muere la madre de uno y se puede vivir después! Rafael y yo estamos así más tranquilos; yo sólo le pido al Cristo del Gran Poder que jamás le pase nada y que le viva mucho tiempo su madre para tranquilidad suya. Y como yo tengo mucha influencia en el Cielo, á fuerza de hablar todas las noches con los santos segura estoy de que su madre le durará tanto como dure la mía.

Las últimas palabras de Pastora fueron dichas con una intención que yo no pude comprender. Ahí quedan.

—Y dígame, Pastora: ¿usted está segura de que Rafael y usted no volverán á unirse jamás?

—Segurísima. Es muy triste, muy triste pensarlo; pero él morirá lejos de mí ó yo moriré lejos de él. Juntos, jamás.

Y la apasionada artista rompió á llorar en silencio. Con su pañuelo de encajes, perfumado con ámbar, recogía las lágrimas y acallaba los sollozos para que no se enterase su hermano Víctor.

—¿Algún hombre le habló á usted de amor en estos cinco años que lleva usted rodando por el mundo?

—Nunca. Parece mentira, pero se lo juro á usted. Ochenta amigos tengo alrededor mío; pues jamás ninguno de ellos me habló de amor. De eso sí que no puedo presumir. Se conoce que «huelo á honrada» desde lejos. Y hacen bien, porque nosotros los gitanos no amamos más que una vez. Entregarse á una persona es un acto de iglesia; si uno se equivoca, como me he equivocado yo, no queda más camino que secarse de pena.

—Vamos á ver, Pastora. ¿Y si yo, algún día, le trajese á usted á Rafael?

Rió amargamente.

— Puede que le matáramos á usted entre los dos. Se armaba una que ni la guerra europea. Mire usted, veintisiete años tengo; si ciento me quedaran de vida, los viviría sin cruzar la palabra con ese hombre, por el cual me escapé de mi casa, que es lo más grande que puede hacer una mujer buena.

En el comedor reían. Los muebles iban perdiendo el detalle de sus perfiles en las tinieblas.

Yo le pregunté:

—Y de esas infelices artistas que la combaten, ¿qué me dice usted?

— ¿Qué le he de decir? ¡Que lo que ellas quieran! Yo, á todas estas cosas que tan poca importancia tienen para mi vida contesto con este cantar:

Yo soy de otro pue-
[blo;
no conozco á nadie;
la persona que me ha-
[ga algo bueno,
que Dios se lo pague.

Y la genial, la adorada, la romántica artista seguía llorando.

¡¡Pobre Pastora!!

El Caballero Audaz

Apuntes de E. Marín

